

que saber vivir, madre, hay que saber vivir...

Intensa claridad inundó el cuarto. Adivinábase el patio, bañado por el sol; y si las paredes de enfrente no fueran tan altas, la muchacha, que con regocijo admiraba aquella resurrección de los días de primavera, habría podido ver, tras de los visillos, un pedazo de cielo azul, muy claro. Levantándose, dijo:

—¡Vaya! veremos lo que debe hacerse. Por de pronto, ya que el sol ha salido, iré a desentumecerme á la calle. Lena me prometió venir. ¿No la has visto?

Doña Silveria movió negativamente la cabeza, saboreando el último puñado de caramelos.

—¡Diablo de chica!

Y la vieja se retiró, cerrando la puerta, mientras que Clarita comenzaba á vestirse.

## IV

Por la tarde, á las seis, Estéfana volvió de hacer las compras. Con el enorme cesto repleto de golosinas al hombro, á duras penas hubo de subir el caracol, que aquel día brillaba, límpido, en fuerza del terrible fregeoteo á que lo sometiera. Poco antes, al llegar al descansillo del primer piso, encontróse con doña Manuela, que, con las antiparras montadas en la punta de la nariz, zurraba unos pingajos, mirando de rato en rato el patio de la vecindad, que tronaba á esa hora con el último trafagueo. Invariablemente, hallábase allí al atardecer, enterándose desde su cuchitril de los nimios sucesos que agitaban el caserón; deteniendo á las gentes que entraban ó salían, adulando.

las con mimos y palabrejas dulzonas, ávida de chismorreo. Y como Estéfana tenía ciertas semejanzas de carácter con la cizañera, ambas veíanse como excelentes amigas, recibiendo regocijadas los ratos de palique, las charlas de vidas ajenas que sus encuentros les deparaban.

—¡Eh, querida Estéfana! ¿A dónde va usted tan cargada de cosas buenas?

La vió venir desde que entrara al zaguán, en el instante mismo en que había alzado la rugosa cara, chupándose el índice á causa de un pinchazo de la aguja. Después, cuando la cocinera ascendía los desgastados peldaños, arrastrando los pies, con la apergaminada faz bañada en sudor, la dirigió la melosa pregunta.—Sonrió Estéfana, mostrando el canasto con guiños maliciosos.

—Ya lo sabe usted. Voy para arriba . . .

—Pero no corra. Espérese, querida. Sus charlas son como la miel . . . Un ratito, un ratito no más. No vale la pena de largar los espíritus.

Se detuvo. Dejó la cesta en el suelo; limpióse el fatigado rostro con el rojo pañuelo floreado; y, cruzándose de brazos, escuchó.

—¿Con que hay comilona allá?

Estéfana se sorprendió. ¿Cómo, lo sabía?

¡Señor! No era posible que acontecimientos de por sí raros en aquella morada, pasasen inadvertidos; máxime para personas que, como ella, sabían donde penaban las ánimas del purgatorio. Lo adivinó desde la víspera, al notar la ausencia de su querida Estéfana en el corrillo del patio. Se decía que lavaba la escalera, y que en casa de doña Pepa emprendíase una obra de aseo general, para recibir á las amistades. Además, la dependienta de la pastelería en la que compraba su *brioche* para el chocolate, la dijo que Antoñita Fernández había encargado un ciento de pasteles, de lo mejorcito. Y don Patricio Mundiado, el tendero del cual afirmaba la borracha, indecente de doña Silveria que era un judío, confesó que con gran asombro suyo, Lena hubo de tomar á crédito cuatro botellas de rico tinto, dos de moscatel sabrosísimo y tres de jerez.— ¡Nueve! ¡Y de vinos legítimos! ¡Un potosí!—Por eso la noticia la aturdía. Para hacer gastos semejantes, de seguro que se trataba de algo gordo.

—Y, diga usted, apreciable Estéfana,—concluyó.—¿Son muchos los convidados?

Desde por la mañana, la idea de quienes asistirían á la cena fin de siglo de las Fer-

nández, la hacía cosquillas. Escudriñó semblantes, trajo á cuento conversaciones alusivas. Y todo sin resultado: las caras permanecían impenetrables, y á sus parloteos nadie respondía.

—Pues, oiga usted; la mera verdad, á mí no me han dicho nada.

Doña Manuela, con los grises ojillos hundidos en la carnosidad de los párpados, miró de frente á la doméstica. Con los brazos colgantes, ó hurgando el delantal, ésta esquivaba la penetración de la ropavajera, entretenién dose en pisotear con la punta del grueso zapato un pedazo de cacharro que yacía en el pavimento.

—Ande, ande, vida mía, no se haga la misteriosa . . . Hoy por mí, mañana por usted, todas necesitamos unas de otras . . .

Mas no fuera á imaginarse que ella tenía empeño en saber tales músicas. ¡No, por María Santísima que no! A Dios gracias, no había nacido para curiosa. Se interesaba, sí, por la felicidad de las gentes amadas, y por esa razón siempre anduvo á caza de detalles. Por lo demás, podían estar ciertos de que no asomaría las narices por allí. No la atraían fiestas ni chacotas. Hacía presente, una vez más, su profundo afecto por la fa-

milia Fernández, de la cual adoraba á Antonita. Lena también la simpatizó de meses atrás; doña Pepa era una señora modelo, muy religiosa, llena de fervor por Jesucristo y sus Santos Apostóles; en cuanto á Alberto, reconocía que no obstante sus vicios era un guapo mozo. A este propósito, recordó que en las Posadas hubo de invitarla á bailar un *two step*.

Si, lo juraba. Quería entrañablemente á los Fernández, pero no concurriría á la cena. Pondríanla en grave aprieto, caso de invitarla. Que se comieran sus dulces y se bebiesen sus caldos en buena hora. Ella no aceptaría ningún convite, por insinuante que fuese.—Estéfana, entretanto, parecía poseída de secreto enternecimiento. Adquiría la convicción de que doña Manuela merecía el calificativo de señora virtuosísima y henchida de bondad.

La vieja miraba al cielo por encima de las antiparras, entrelazadas las manos, en actitud devota.

—¡Ah, no, Estéfana, bien sabe Dios que no soy yo de esas amigas falsas que gustan del jaleo! ¿Que hay un festejo en honor de Antonita? Pues no concurre: celebro su dicha desde mi agujero y amén. ¿Que se trata de un

luto, de una desgracia? Allí estoy, la primera.—Exigirme algo contrario á mis costumbres, sería imperdonable....—Y haciendo un gesto de honradez, añadió:—¿Verdad que es bonito pensar así?

—¡Ya lo creo! Pero se me figura que usted se sacrifica demasiado, sin otra compañía que la de ese animal,—repuso la maritornes, señalando á *Matasiete*, el viejo gallo que picoteaba granos de maíz en el alféizar de la ventana.

—¡Qué le vamos á hacer!.... En cambio, otros sienten lo contrario. Allí están, por ejemplo, las Gómez, don Arsenio, don Eugenio, y la libertina de Clarita, que irán esta noche.... Porque están invitados, ¿verdad?

Cuando Estéfana se dió cuenta de la pregunta, la había contestado ya afirmativamente.

—Sí,.... sí,.... me parece que irán.... Aunque, si no me equivoco, la niña Clara no ha sido convidada....

Dofia Manuela se irguió. ¡El Señor las librara de meter en casa á semejante roñosa! La constaba haberla visto en trapicheos nada limpios en las calles oscuras.—Sentía cólera al oír hablar de la Ruiz, y si echaba pes-

tes en su contra, no era porque la hubiese pillado en sospechosos lances. Hasta entonces, no logró apoderarse de la vida privada de la chica, lo cual la exasperaba.

Estéfana cogió de nuevo el cesto. Antes de que marchara, la ropavajera renovó sus expresiones cariñosas para las Fernández.

—Dígalas,—gritó, cuando la fregona desaparecía en lo alto de la escalera,—que las felicito en el fin del siglo.

Al pisar los últimos peldaños, una racha de aire frío la heló el rostro. Encorvada, murmurando palabras bruscas, tosió, llevándose el rebozo á los labios. Lena lanzó una risotada al verla asomar la cara flacucha en la penumbra del caracol.

—¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí!

Canturreaba palmoteando. Sus mangas, remangadas hasta el codo, dejaban ver los morenos brazos enharinados; las faldas, prendidas con alfileres, no cubrían las piernas regordetas, oprimidas por negras medias. Lucea una dejadez provocativa, con su blusa desabrochada, su cuello incitante, sus crenchas apelonadas en la nuca, sobre la que alborotaban ricillos rebeldes.

—¡Jesús, niña, si ya mero se desnuda-

ba!—exclamó la criada, mirándola con duro ceño, por más que no la sorprendiesen tales abandonos.

Lena rió.

—¡Caramb! ¿Qué es que me pusiera el *dominguero* para amasar harina?

Y seguía saltando delante de la vieja, á la cual prodigaba diminutivos como «viejecita mía», «abuela de mi alma», «carcoma adorable». Estéfana, contra su costumbre, sonreía al verse llamada así. Pero lo que hubo de sacarla de quicio fué lo de «carcoma». ¿Por qué burlarse de su ancianidad?—Otras habla, menos bien parecidas que ella, y con montones de años en el espinazo.

Entraron en el comedor. Lena llamó á Antoñita, que cosía en la sala.

—¡Antoñitaaa! ¡Antofitaal! ¡Ven!

No respondía. Ambas escuchaban el ruido acompasado de la máquina de coser, que no se detenía un momento, entonando siempre la canturria monótona y dulce. Al cabo, la mocita decidióse, y entró como tromba en las habitaciones, riendo, con su eterna risa de pilluela. Mas volvió luego; Antoñita hallábase muy atareada, y sólo ella y Estéfana podrían ocuparse de los preparativos de la cena. Examinó en seguida el conte-

nido del cesto. Sobre la mesa puso un trozo de Gruyère, que exhalaba un olorillo fétido, pero agradable; medio kilo de jamón, de tinte rosa veteado de blanco; gruesos salchichones brillantes de grasa, sobre los cuales aún se veían girones de papel de estaño; pomos de *pickles* á través de cuyo cristal se columbraban pedazos de coliflor ennegrecidos por el vinagre, zanahorias pequeñas que habían perdido el amarillo claro que lucían en el mercado; pomos de mostaza, achatados, con sus etiquetas azules en idioma que ella no comprendía. Y le fué necesario introducir el brazo en la cesta, para extraer dos lenguas ahumadas, muy blandas, que temblaqueaban en sus manos.—Agitó después la botella de aguardiente que encargara con objeto de preparar el ponche.

—Es Parras del bueno.—afirmaba Estéfana, chasqueando los labios.—El mismo señor Mundiedo me dió una copita....

Sonreía, mostrando los dientes negruzcos, al acordarse de las galanterías del tendero. No era aficionada á juergas, mayormente cuando comprendía que se realzaban á costa de Antoñita. Pero ¡qué diablo!, no la parecía mal echar una cana al aire para decir adiós al siglo. Y enarboló los panes do-

rados que la muchacha miraba con desconfianza, asegurando que no los había más ricos en parte alguna. Luego, sin transición, como si no pudiese disimular el móvil de su extremo regocijo, hábilmente fingido para halagar á la pequeña, alzó la angulosa testa, fijando en aquella los grises ojos.

—Oye, niña, —dijo tuteándola, como solía hacerlo con sus amos, á excepción de la costurera, en los ratos de esparcimiento ó tristeza, que la hacían olvidar que no eran éstos los chiquitines que había conocido. — ¡Si vieras lo que me han dicho!

La chiquilla no la oía, abstraída en alinear en el aparador las botellas de jerez, que lanzaban páidos destellos, al ser acariciadas por la indecisa claridad de la tarde.

—Doña Manuela... La pobre... ¡Las quiere tanto á ustedes!... ¡A tí, sobre todo!

—Pero, mujer, dílo de una vez. ¿Qué deseas?

—No la invitaron, y sabe que habrá fiesta hoy.

Su voz cascada tenía inflexiones dulces, y entornaba los párpados, compungida, cual si oyera todavía el estribillo de la comadre.

—Ella tiene la culpa por chismosa.

¡Válgame, niña! ¿Cuándo supiste tú que

murmurase del prójimo? Al contrario, alaba al mundo entero. Cuenta que eres preciosa....

—¡Cuidadito con los piropos! —gritó Lena, amenazándola con ademán infantil.

La vieja la miró maternalmente.

—¡Vaya! —suplicó. —¿Me permites que la llame?

Lena simuló enojo. ¡Bonito iba á estar aquello con la bendita señora. Ya tenían para divertirse con las historias de doña Manuela. Mas, en fin, puesto que ella mostraba tal empeño, que la invitase... ¡Eso sí, con una condición! Estéfana no la reñiría en adelante. —El rostro de la cocinera se iluminó; no esperaba semejante favor de la niña. ¡Buen gustazo se daría por la noche! Y saboreaba de antemano las delicias de los instantes de charla que entablaría con su amiga al amor de la lumbre, mientras que afuera tiritaban de frío los personajes.

—Pero, ¡qué atrocidad! —exclamó la moza de pronto. —¡Llamar á doña Manuela cuando Clara vendrá también!

Estéfana quedóse estupefacta. ¡Cómo! ¿Aquella bribona pisaría el umbral de la puerta? Y se mordía los labios, encolerizada, no encontrando palabras que desahogaran su rabia.

Lena consideraba un triunfo el haber logrado de Antoñita que la hija de doña Silveria fuese parte integrante de la reunión. En el ánimo de su hermana cada día acrecentábase más la malevolencia hacia Clara Ruiz. Antoñita veía en ésta á la aventurera de quien todo puede temerse. El aire de misterio que la circundó desde un principio; su existencia ociosa, sus extravagancias, sus recursos ignorados, el ambiente, en fin, de que se rodeara, queriendo aparecer extraña en el vetusto caserón, no agradaron jamás á la modista, que observaba el estrechamiento cada día mayor de las relaciones de Lena con la Ruiz; los nuevos hábitos imbuidos en la chiquilla maliciosa, que ella creía, sin embargo, inocente; los asomos de exotismo que empezaban á manifestarse en sus acciones pueriles. Meses antes, al iniciarse la amistad que tanto la contrariaba, opuso una débil resistencia, procurando interesar á su madre en el asunto. En la ternura de Lena por la desconocida, presentía un peligro. Mas ya fuera que doña Pepa, que comenzaba á entregarse á la religión, no pensara igual que su hija; ya que, dado su genio indiferente, hiciese poquísimo caso de tan reiteradas advertencias, no impidió el

desarrollo de tales relaciones, sino que, por el contrario, hubo de fomentarlas. Era justo,—decía,—que la pobre niña se distrajera. Si no se la proporcionaban paseos, ni se le permitía salir más allá del zaguán, ¿por qué oponerse á que tuviese una amiga?

Pasaron los días. Antoñita, vencida, cedió á los mimos de la mocetona. No obstante, cuando Lena la suplicó que dejase venir á casa á Clara, no consintió en ello. Apenas si la saludaba, y varias veces, durante la comida, indignóse hasta las lágrimas al insinuar doña Pepa la idea de una visita á la viuda del Coronel.

La víspera, al regresar aquella de la Santa Veracruz, hizo á la mayor de las niñas una proposición que la muchacha aceptó resignada, pero con la tristeza en los ojos.

Tratábase nada menos que del P. Morales. El digno sacerdote, ansioso de contemplar á sus anchas la agonía del siglo XIX, habíase lamentado en la sacristía, delante de algunas devotas, de la dificultad de realizar tan ferviente anhelo por razón de que sus achaques le impedían pasar una noche de claro en claro en la vetusta torre, solitario y en silencio.—¡Ah! los años... Le pesaban bastante á esas fechas... Y sonreía,

con sonrisa de mártir, mesándose los pelos lacios en los cuales brillaban algunas canas. . . . ¡Sería tan bello atisbar el fin de ese siglo que llamaban de las luces y él calificó en innumerables ocasiones de Impío!

Las señoras se miraban consternadas. El venerable padre, honra y prez de sagrados oradores, quería, sin duda, anatematizar al siglo. ¡Y era imposible! ¿Por qué? ¡Por algo bien sencillol Por carecer de una morada alta.

—¡Dios mío!—exclamó al percatarse del interés que su deseo despertaba,—¡si la cosa no vale la pena! Ha sido una pequeñez y nada más. . . . Prevengo á ustedes, mis queridas señoras, que no aceptaré ningún convite. . . . ¡Bastante tienen ustedes con sus esposos y pequeños hijos, para ocuparse de mí!

Y bajaba los ojos, candoroso. Mas, al observar que las damas cuchicheaban, discutiendo quedo, como si temieran herir su discreta susceptibilidad, tronó alzando la voz. ¡No, por María Santísima, le darían una seria desazón al obstinarse en hacer caso de sus futezas! Él, siervo de Dios, allí estaba, no para placeres,—que aun los más sencillos eran demoniacos,—sino para postrar-

se ante el altar, rogando por los pecadores.

Fué una conquista lenta. Las viejas, encabezadas por doña Pepa, le persuadieron de la virtud de sus intenciones. El decía que no con la cabeza, citando ejemplos de santos que habían extinguido su mísera existencia en la obscuridad de las cavernas. ¡Ya podían desgañitarse, que no conseguirían su empeño! Entonces, sudorosa, armada de místico valor, la horda beata le recordó que el siglo futuro necesitaba de bendiciones y plegarias. Justo era evitar, por medio de la oración, que en el porvenir aparacieran aquellos anarquistas de los cuales hablaba él tanto.

—¡Ah, sí,—rugió el cura,—urge impedirlo, sí, urge! ¡Se hundiría la tierra, sobrevendría el juicio final, en cuanto asomaran su repugnante faz en el mundo los impíos como Voltaire, Spencer ó Zola!

Fué un arranque lírico, muy común en él. Las viejas sonrían, asombradas de tamaña enjundia, y cuando terminó, gritaron todas á coro:

—Luego, ¿por qué no quiere usted ir?

—¿A dónde? ¡estoy dispuesto!

Doña Pepa adelantóse, y dulcemente le

hizo la invitación. Le esperaba en casa, allí, á un paso, al día siguiente, por la noche.

Antoñita, sorprendida, accedió, sin vacilación casi, á las instancias de su madre. La turbaban en su soledad; pero ¡la pobre madre era tan buena, que bien valía la pena de ser amable! Además, Lena se encargaría de todo. Estaba como unas pascuas al enterarse de la fiesta. Habló de hacer los pastelillos famosos, y acto continuo, insinuó sus deseos de traer á Clarita.—Merced á sus gracias, á sus caricias seductoras de chiquilla, hubo de domeñar la renuencia de la primogénita, ayudada, por supuesto, de Alberto, á quien no disgustaba la moza de abajo.

¡Y ahora quería Estéfana que viniese doña Manuela! No, imposible. Y meditaba, mientras que la maritornes, con los amarillentos ojos chispeantes, hablaba de no meterse en cosa alguna, caso de que la buena señora sufriera un desaire.

—Bueno, ¿qué resuelve usted por fin?

—Pues que venga ¡qué caray! Te la guardas allí, en tu cocina, para tí sola, y asunto concluido.

Y entonó de nuevo su canción, en tanto que la vieja, regocijadísima, entraba en la

cocina, dispuesta á fregar los trastos como lo hacía en sus quince.

En la sala, el sol había desaparecido ya, hundiéndose en el poniente, seguido por las miradas dulces de Antoñita. Del lívido crepúsculo apenas si restaban manchas de claridad esparcidas en el cielo, que abrillantaban los nubarrones grises amontonados por la tempestad de la noche anterior. En el horizonte, más allá del mar de azoteas negruzcas por la humedad, de las cuales se destacaba la blancura de las ropas puestas á secar, extendíase delgada franja de luz de amarillo sucio. El airecillo suave que soplabá, barría lentamente el espacio, y el cielo, antes nuboso, adquiría de nuevo su tinte azul.— El ambiente del cuarto tornábase helado. Antoñita, estremecida por las oleadas de viento que entraban por la ventana, no se detenía en su tarea. Trabajaba de prisa. La fiesta cercana robaría algunas horas, que era preciso recobrar, apresurándose. A veces, embobada en su labor, entreabría los labios, dando paso á su vieja tonadilla, que parecía revolotear, jugueteando en el taller oloroso á juventud con su ramo de flores colocado en el jarrón de porcelana, encima de la mesa.

Con las últimas palideces del otoño se habían marchado con ilusiones. Su amor, por tanto tiempo acariciado, aquel amor que naciera cuando ensoñaba al borde de la fuente, escuchando el lento gotear del agua á lo largo de las paredes musgosas, tenía ahora el encanto triste de lo lejano, de lo irrealizable, de lo que no puede esperarse.—Dormido durante meses, surgió en su alma más bello, más fuerte, cuando Eugenio Linares, huérfano, tornó á su cuarto bohemio. Despertó al calor de la mano de él, al encontrarse los dos allí, en la puerta, aquella mañana de octubre; le sintió palpitar enardecido por la esperanza.—¿Cómo creer que era indiferente, si abandonando el pueblo corría en pos de ella?

Y esperó, esperó muchas horas, muchos días....

Pasó el otoño. En los tiestos, los claveles se marchitaron. Los crepúsculos eran más tristes.—Le veía de vez en cuando. Iba de visita, ruboroso, tímido, con los ojos bajos, hablando de la escasez de empleos y de la cortedad de los sueldos. Sus recursos se agotaban y pasaba la semana de puerta en puerta, interrogando, suplicando.

En la Alameda cayeron las primeras ho-

jas. Era diciembre, que entraba envuelto en su peplo de nieblas.—Y como un año antes, la resignación la poseyó. Embebíase en el trabajo; se aislaba en la soledad del cuartito, junto á su máquina, sin murmurar palabra, sonriendo, con sonrisa que tenía su poquitín de amargura.

Lena, en cuanto se anunció la cena, dijo, riendo:

—No seas tonta. Una tertulia puede acarrearte beneficios.... ¡Ya ves! Esos malditos hombres necesitan del trajín y del ruido para desembuchar. ¿Te parece que invite-mos á Eugenio?

Antoñita la besó en la frente, sin responder.

Momentos después, Estéfana dejaba en el cuarto de Linares una tarjeta escrita por la morena con caracteres gruesos, casi ilegibles, que decía:—«Señor mío y mal amigo: ¿quiere usted subir mañana por la noche? Habrá pastelillos de los que le gustan y buenas tajadas de jamón.—Magdalena».

¿Vendría?

La enamorada moza hacíase esta pregunta, dando las últimas puntadas. En la salita penetraba la sombra, una sombra transparente, azulada, sobre la cual cabrilleaba dorado polvillo de luz.—Se levantó, despere-

zándose, bostezando; y á través de las lágrimas de tedio que empañaban sus pupilas, miró hacia afuera:—Un inmenso fulgor blanco cubría á México. Oleadas luminosas ascendían en la apacible calma del cielo, terso como un girón de seda, sobre el cual parpadeaban los astros con brillo tembloroso. De las anchas avenidas, del cercano parque, de los patios que ante ella se dilataban, semejantes á negros agujeros, surgía un rumor confuso: eran risotadas, gritos, charloteos que arrebatava el viento; la alegría precursora del holgorio, la prematura embriaguez de las muchedumbres que despedían al siglo, imaginando un futuro dichoso al presenciar el nacimiento de otra centuria.

Cuando resonaron en la estrecha escalera los pasos de los primeros invitados, doña Pepa, seguida de Alberto y Antoñita, salió á recibirles.—Enfundada en su vestido de lana negra, con el cabello entrecano cuidadosamente peinado, luciendo las religiosas medallas en el pecho, no cabía en sí de puro gozo. Avanzó, muy seria, con menudo paso, al ver que en el último peldaño, apenas iluminado por la luz incierta del farol, insinuábanse las delgadas siluetas de las señoritas Gómez.

—¡Oh! cuánto bueno por aquí... ¿Están ustedes bien?... .

Se creía dichosa con la visita de las hijas del socarrón de don Hilario, pues desde el tiempo de las Posadas no traspusieron el umbral de su puerta. Decían atrocidades de la familia Fernández á todo el que tenía la paciencia de oírlas, cifrando su orgullo en no dar los buenos días á la indecente costurera y á su hermana.—Lo cual no obstó para que aceptasen la cena.

—¡Cuánto gusto!—repetía doña Pepa, saludándolas.—¿Y los queridos papás, no vienen?

El vozarrón de doña Luisa se escuchó.

—¡Hilariol mira que estamos en casa ajena....

Dibujóse un corpanchón en la penumbra. Venía doña Luisa fatigadísima, con las blandas mejillas cubiertas de sudor, palpitante el seno. Tras ella, adivinábase más bien que se veía, el cuerpecillo esclenque de don Hilario, que sonreía malicioso, saboreando aún los pellizcos que propinara á su cara mitad en lo más mullido de las caderas.

Entraron en la sala.

El viejo se interesó por Lena. ¿En dónde

se había metido? Y al enterarse de que hacía en aquel instante los famosos pastelillos, se deshizo en elogios. ¡Oh! era una preciosa muchacha; él hubiera querido verla todos los días, desde el invierno anterior. Pero, las penosas dificultades...—Un gesto furibundo de doña Luisa le impidió seguir. Ya que la amistad unía de nuevo con sus sagrados lazos á las dos familias, ¿para qué hacer recuerdos odiosos? Lo pasado, pasado, ¿verdad?—Y hecha tal declaración, hija de su franqueza proverbial, la moñetuda señora acomódose en un rincón del sofá, que crugía.

Don Hilario invitó á fumar un cigarro á Alberto, y ambos salieron á la puerta.

—Joven amigo,—decía,—tengo por costumbre, y de ello me envanezco, gastar limpieza de todos mis actos.—Mi mujer ha sido la maestra. ¡Qué quiere usted! En casa no se me permite fumar dentro de las habitaciones...¿Y qué me cuenta usted de sus eruditos estudios? Van bien, ¿eh? Yo no dudo de que su talento clarísimo le haga accesibles las más elevadas cumbres de la ciencia.

Tenía el hábito de la adulación. Envejecido en el Ministerio de Fomento, hubo de ganar su empleo á fuerza de arrastrarse. Era

meloso con los jefes, altivo con los subordinados. Mas su triste condición de siervo le impelía á prodigar viles elogios á todos los que no estaban bajo su férula. Es bueno—aconsejaba,—aparecer simpático.

Alberto mintió. Aseguraba que en el próximo año ganaría las primeras calificaciones. La verdad era que en los anteriores exámenes hubo de sufrir un fracaso, y que continuaba su vida haragana de estudiante «crónico», hojeando de tarde en tarde los mugrientos textos y sosteniendo sus vicios con el sueldo risible que ganaba en el Hospital.

—¡Psh! Yo gozaré de un título en menos que se lo piense.

—¡Bravo, bravo!... Aplaudo su intención. Luche, luche, mi joven amigo. La vida es cosa seria y es necesario vivir.

Gustaba de las cláusulas sentenciosas. Leve rubor invadía su rostro, y entornaba los ojos grises de ave de rapiña. Sí, él moralizaba á la juventud, él la impulsaba por la buena senda. ¡Lucha y trabajo! Nada de vicios, que los vicios pierden al hombre.

Alberto le interrumpió con un ademán

—¿Quiere usted que tomemos una copita?

Don Hilario, luego de avizorar á su mujer, que en tal instante estaba distraída en amena charla, dijo, muy bajito:

—Si usted me la da...

—Pero, le advierto que no tengo á mano vinillos dulces.....Los han reservado para las señoras.

—¡Qué importa, hombre! *Bala rasa* es lo que paladeo mejor. ¡Demonio! Ya que de beber se trata, que nos arda el gaznate.

Y don Hilario, olvidado ya de sus moralejas, alejóse en dirección del comedor, del brazo de Alberto.

La sala esplendía, con su lámpara azul, que esparramaba vivos destellos. En un rincón, á instancias de Alberto, colocóse un candelabro de bronce, propiedad de Arsenio Urizar, que lo amaba como á la musa. Lena, con su gracia innata, esparció flores.— Sobre la diminuta mesa, en grandes jarrones que previamente pidiera prestados en la vecindad, frescos ramos de violetas embriagaban la atmósfera con su perfume tenue. Algunos botones de rosa daban su nota pálida sobre el azul de la alfombra. Más allá, en el muro del fondo, entrelazadas al pie de un cuadro litográfico que representaba á la Pri-

mavera semidesnuda y cubierta de pétalos y de hojas, entretegíanse ramas de cedro, de un verdor obscuro.

Eloísa y Teresa, aunque roídas por la envidia, prodigaron elogios. ¡Lena era una maravilla de buen gusto! Y cuando la chiquilla apareció, radiante, envuelta en vaporosa falda de muselina, corrieron á ella, mimosas, abrazándola, besándola.—Declaró, riendo, que no obstante estar en invierno, usaba trajes ligeros. ¡Eran tan bonitos! Además, ella pensaba que así, sofocada por el calor de la cocina, con su fina piel morena aún tibia, era seductora. Y hubo de corroborar su reflexión al ver que los mozos que entraran momentos antes, mirábanla con insistencia, cual si quisieran comérsela con los ojos.

Lentamente, las sillas alineadas junto á la pared fueron ocupándose. Las amigas de doña Pepa, verdaderas ruinas vestidas de negro, con la cinta azul de las «hijas de María» al cuello, el gesto devoto, las manos cruzadas sobre el pecho, cuchicheaban. Había en el murmullo de sus charlas algo que semejaba rezo. Esperaban con ansia la llegada del P. Morales, volviendo el rostro á la puerta á cada instante, lanzando voces ahogadas